

www.elboomeran.com

**Franz Kain**  
**EL CAMINO**  
**AL LAGO DESIERTO**

POSTFACIO DE SIGURD PAUL SCHEICHL  
TRADUCCIÓN DE RICHARD GROSS

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2013  
TÍTULO ORIGINAL: *Der Weg zum Ödensee*, 1974

© Franz Kain, *Der Weg zum Ödensee*, ISBN 3900878986  
© del postfacio, Sigurd Paul Scheichl, 2013  
© de la traducción y el glosario, Richard Gross, 2013  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2013  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10.001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

BIC: FA

ISBN: 978-84-92865-79-6

DEPÓSITO LEGAL: CC-221-2013

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

## EL CAMINO AL LAGO DESIERTO

Aún aguanta la nieve, mas no por mucho tiempo. Pronto se volverá blanda y los pasos se hundirán en ella, porque al sudoeste ya albean las paredes de las peñas, teñidas de un destello rojizo. Los aludes aún están helados y se aferran al barranco, mas no por mucho tiempo. Se aflojarán cuando ascienda el cálido vaho de la primavera. Los surcos acanalados de la nieve, escarbados hasta la roca viva y la hierba amarillenta, indican el sentido de los derrumbes, hacia los despeñaderos. Aún es invierno aquí arriba, mientras que en el valle se ha impuesto ya una primavera espesa, malsana, de las que ablandan el terreno y agrisan los verdes ríos.

Nada pierde uno si se aleja de esta época del año y sube al invierno, árido y claro. Bella es la primavera pero antes el cenagal tiene que secarse y el suelo recobrar su firmeza.

La confusión y el desorden son cosa de los primeros tiempos. Lo sabe Ernst Kaltenbrunner, jefe

de la Oficina Central de Seguridad del Reich Alemán, quien se adentra ahora en las Montañas Muertas. Es una mañana de mayo de 1945, y él va recordando el otoño de 1918. ¡Cómo estallaron los ánimos en aquel entonces! En la ciudad habían asaltado varias panaderías. Primero un agitador de los astilleros, encaramado a una mesa arrimada a una farola, había lanzado soflamas contra los Habsburgo y prometido pan a la gente. Parecía existir una relación entre aquel discurso incendiario y los atropellos a los panaderos. Luego, la ira de la población soliviantada se desató en un acto estrafalario, punto culminante de aquel levantamiento contra la fuerza y el poder imperiales: la liberación de los traficantes de bacterias presos en los calabozos del castillo. En 1917, un enfermero haragán del Ejército había organizado una banda que se dedicó a un pingüe negocio de gonococos y bacilos tuberculosos. Eludiendo las fuentes de contagio naturales, vendían los gérmenes directamente a los clientes, que no eran otros que hombres con uniforme militar. Una forma de resistencia no muy apetitosa, qué duda cabe, pero dotada de ese aire romancesco al que siempre ha sido receptiva el alma popular. La banda fue capturada tras haber inhabilitado para el combate a varias compañías, tal vez un regimiento entero, mediante una epidemia en toda regla. El memorable castillo donde antaño residieran Federi-

co III (el caminante tuvo un rictus de sonrisa al pensar en el monarca, inventor del A.E.I.O.U —*Austriae est imperare orbi universo*—, precursor, también él, del expansionismo germano) y, esporádicamente, la emperatriz María Teresa, se tornó en cárcel de aquellos intoxicadores de uretras y pulmones. En octubre de 1918, momento de los disturbios del pan, cuando todo empezaba a tambalearse, los presos fueron liberados. Ese día, aprovechando el desconcierto de un profesorado que no sabía si debía seguir llamando o no «emperador» al emperador, él, Kaltenbrunner, no asistió a clase. Fue así como se convirtió en testigo ocular de aquel acto de liberación.

La guardia del castillo no se opuso cuando la turba de soldados y civiles penetró por el portón para asediar los calabozos. Luego se oyeron fuertes gritos, se golpearon puertas y hubo un estrépito de cristales rotos, y el alcaide, un sargento viejo y fruncido, de pelo erizado y áspero, terminó arrojado a la calle. Quedó tirado un segundo en el pavimento, se levantó y se esfumó entre la muchedumbre. Fue la única víctima de la revuelta, y sólo le sangraba un poco la mejilla, que no el pecho hendido, como dicen los anales. El liberado traficante de gonococos, un hombre pálido con lacio bigote marrón, abrió los brazos en la escalinata del castillo, rió hacia la multitud y fue vitoreado entre exclamaciones de júbilo. En el patio, escenario de mu-

chos juramentos a Dios, la patria y el emperador, al pequeño y grácil soldado enfermero lo lanzaron varias veces al aire. En el apogeo de la manifestación, los liberadores cantaron la copla de moda en aquellos días: «¿Quién tiene la culpa de nuestras borracheras? / ¿Quién, quién? / ¡Karl, el ladrón, el boleras, / tiene la culpa de nuestras borracheras!».

Ninguna *Marsellesa*, ninguna *Internacional* ni canto revolucionario alguno.

Fue una época sin ley hasta entrados los primeros meses de 1919. Su padre, el abogado, prácticamente no tenía trabajo y se volcaba en su colección de ex libris. El Registro de la Propiedad era un lugar escasamente frecuentado en ese tiempo, y los fiscales vacilaban a la hora de llevar a la gente a juicio, incluso si se trataba de vulgares ladrones.

El orden quedó restablecido cuando la Defensa Popular, un cuerpo ya de por sí sumamente sospechoso, aplastó a balazos una manifestación violenta inducida por el hambre. A partir de hoy, esto volverá a ser un Estado de derecho, anunció el padre a un colega después del tableteo de las ametralladoras, cuyas ráfagas barrieron la vieja plaza. El fiscal y el abogado serán restituidos en sus funciones y dignidades.

Fueron pocas semanas, durante las cuales el general del emperador prefirió no mezclarse con la gente y permanecer en casa, en su hogar campestre.

Hasta el momento de aquellas ráfagas, las calles habían sido inseguras, aunque la sublevación popular se reducía, en realidad, a la liberación de un soldado enfermero y sus cómplices.

Sólo durante unas pocas semanas no fue aconsejable que el general del emperador se mezclara con la gente. Y también esta vez pasarían sólo unas pocas semanas hasta que el primer policía del Führer volviera a poder contar con un trato digno, correcto. Mientras llegaba ese momento, capearía el temporal replegándose a lo hondo de las Montañas Muertas, a los fríos lagos desiertos de los confines del mundo.

Camina como el segundo de la fila, precedido por el cazador con su paso lento y pesado, y seguido por los dos asistentes. Llevan los esquís al hombro, porque la nieve aún aguanta, y tan helada está que cruje bajo las pisadas.

Levanta la vista hacia las rocas y aprecia la alta cornisa de nieve que sobresale por la cresta presentando ya en sus bordes un brillo oscuro, casi violeta.

*Quando se tala un bosque, saltan astillas. Donde hay mucha luz, hay mucha sombra. Lo grande merece sacrificio. A cada uno lo suyo. Quien asciende tiene que pisar fuerte. El que no cesa en su empeño*

*tiene salvación. Un solar de obras no es un prado de recreo. El orden es lo primordial. Quien limpia un establo necesita una escoba fuerte. A grandes males, grandes remedios. Cuando se tala un bosque, saltan astillas.*

Un miembro de la Asociación de Montañeros Licenciados no se anquilosa, aunque descansa de vez en cuando. El jefe superior de grupo vuelve la mirada hacia sus dos acompañantes y vislumbra, a la pálida luz del alba, las perlas de sudor que brillan en sus rostros. Y eso que son más jóvenes que él y tienen el cuerpo bien entrenado. Pero no para la montaña, piensa lleno de satisfacción.

La Asociación de Montañeros Licenciados era la organización alpinista de los realmente cultos, los verdaderos amigos de la naturaleza, poseedores todavía de una vista adiestrada para las peculiaridades geológicas y botánicas. Se distinguían radicalmente de los sedicentes Amigos de la Naturaleza, quienes ocultaban su falta de conocimiento del universo alpino tras el nombre de una agrupación pero delataban a cada paso su condición de urbanícolas vieneses, ya fuesen porteros, secretarios municipales, funcionarios de la Seguridad Social o bu-

rócratas de la Cámara de Trabajadores. Esos «amigos de la naturaleza» servían para los pútridos Bosques de Viena, para excursiones regadas con vino agrio y trufadas de pan con manteca de cerdo; en la alta montaña, sin embargo, sólo hacían el ridículo con sus pantalones mal ceñidos y sus chaquetas de confección industrial. Aunque el montañero licenciado llevara la chaqueta desgastada, ésta era de nobilísima pátina: estaba hecha a medida, y su severa forma daba cohesión al carácter y lo diferenciaba del turista ordinario. También su mochila, por deslucida que fuera, rezumaba tradición, una tradición que abarcaba desde los Cazadores y Tiradores imperiales hasta los combatientes por la defensa de Carintia.

El turista ordinario lucía a menudo un equipo flamante pero barato, cual juguete recién pintado adquirido en los grandes almacenes de Gerngross, Kraus o Schober. Le faltaba el espíritu gremial. Cualquiera puede enfundarse una cazadora, pero a uno lo identifica como hombre bravo y a otro como espantapájaros. Se notaba también en los uniformes. En efecto, el sentido de la dignidad se lleva bajo el paño, la tela sola nunca lo suple.

Kaltenbrunner también andaba con ellos, dirán ahora, con esos montañeros finos, que ya tenían la cláusula aria en sus estatutos, además de un antisemitismo de no te menees.

Pero no fue él quien lo inventó, se lo encontró hecho; el antisemitismo existía desde mucho antes. La cláusula aria databa de la monarquía y los turbulentos tiempos de la Austria Alemana. A él esa cláusula nunca lo abrumó; tenía su propia balanza. Se relacionaba con ellos como con todos los demás, con aire de superioridad, eso sí, pero una superioridad que provenía de saberse dueño de una mayor experiencia. Aún debe de haber muchos que lo conocen de entonces, siempre que no hayan emigrado tras la anexión. Una vez, en una travesía de las Montañas Muertas, hasta dio de beber a uno de ellos, de pinta inequívoca por su nariz aguileña, ofreciéndole el último resto de su limonada. Mal equipado y de pies planos, el individuo se había venido abajo en la vastedad sin horizonte de las ondulaciones pétreas. A lo mejor aún está vivo y se acuerda.

Los funcionarios de la Seguridad Social y los secretarios de los ferrocarriles estarán convirtiéndose en alcaldes y concejales en estos días. Deben de conocerlo aún, al camarada montañero de entonces, de antes de que fuera llamado a ocupar su puesto en la capital del Reich, por el bien de Alemania. En los tiempos de montañero imprimió sus huellas, claras, nítidas e inconfundibles.

*En ninguna parte es el río de los nibelungos tan bello como en las grandes vegas alejadas de las urbes, cuando su cauce puede otearse desde lo alto. En los valles estrechos se angosta y juega a arroyo serrano; en las ciudades, lo ciñen los muros pulidos. Es entre el sayo verde claro de los sauces y alisos donde se expande, se ensancha y enseña su poderío. Piensa uno en Krimilda y Hagen al ver su majestuoso llegar y al observar cómo se interna en la campiña, en la gran cuenca que en su periferia sur muestra los riscos septentrionales de las Montañas Muertas. Alcanza su mayor belleza cuando el viento acaricia los saucedales y el plateado oleaje de las copas se apresura hacia las aguas. El río propiamente dicho está quieto y traza su lecho con solemnidad, imperturbable ante el temblor en sus riberas. Contemplar desde lo alto la ingente arteria del paisaje ensancha el corazón y eleva el pensamiento.*